

Argentina con pecado concebida

FEDERICO ANDAHAZI

Argentina
con pecado
concebida

*Historia sexual
de los argentinos II*

Desde la Revolución de Mayo
hasta el golpe de 1930

 Planeta

Andahazi, Federico

Pecar como Dios manda. Historia sexual de los argentinos.- 1ª ed. –
Buenos Aires : Planeta, 2008.

256 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-950-49-1848-6

1. Narrativa Argentina 2. Novela I. Título
CDD A863

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Editorial Planeta

Diseño de interior: Susana Mingolo

© 2008, Federico Andahazi

c/o Guillermo Schavelzon & Asoc. Agencia Literaria
info@schavelzon.com

www.andahazi.com

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:

© 2008, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Independencia 1668, C 1100 ABQ, Buenos Aires, Argentina
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: marzo de 2008

ISBN 978-950-49-1848-6

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
en el mes de febrero de 2008.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el previo permiso escrito del editor.

*A mi madre, Juana Merlín.
A la memoria de mi padre, Bela R. Andahazi.*

I

El sexo de los padres de la patria

Belgrano

De mármol somos

En *Pecar como Dios manda* sostenía que no puede comprenderse la esencia de una nación si se desconoce la historia de su sexualidad. En el presente volumen, en el que se examina la Historia argentina a través de la vida íntima de sus personajes más emblemáticos, tal postulado no solamente se ve confirmado, sino que se percibe aún con mayor claridad. Podría afirmarse, sin lugar a dudas, que el modo en que ejercieron el poder muchos de nuestros próceres sólo se comprende a la luz de la forma en que ejercieron el sexo.

Manuel Gálvez, uno de los escritores argentinos más polémicos de los albores del siglo XX, sostenía:

No se puede penetrar en la psicología de un hombre sin conocer su vida sexual [...] ganarían en humanidad nuestros grandes hombres si conociéramos sus amoríos. Aparte de que la vida pública no es independiente de la privada, sino su prolongación, su refracción en el espacio.

Esta frase resulta cierta, siempre y cuando se hagan algunas precisiones. En este sentido, debo aclarar desde ya que no me impulsó a escribir estas páginas el ánimo morboso de hurgar debajo de las cobijas de aquellos que forjaron la historia de esta nación. Con frecuencia se justifica la

exposición de la vida privada de distintos protagonistas de la historia bajo la excusa de «bajarlos del pedestal de mármol y ponerlos a la altura de la gente común», como si la gesta libertaria de San Martín fuese comparable con la pedestre biografía de algún oscuro cronista. En nombre de semejante pretensión se han cometido verdaderas profanaciones. No es el propósito de este libro derribar monumentos ni desnudar las preferencias sexuales, los secretos de alcoba ni la intimidad de nuestros próceres, disciplina, dicho sea de paso, tan en boga en estos días.

Cabe señalar, por otra parte, que los países, igual que los individuos que los habitan, deben su genealogía a un entramado de relaciones sexuales que, por su complejidad y extensión, muchas veces se pierden de vista. Centrar la mirada sobre estos procesos permite poner en evidencia las distintas estrategias de Estado tendientes a establecer alianzas sexuales con fines políticos, económicos y sociales. Así como en las viejas monarquías estas uniones tenían el claro propósito de sumar territorios, multiplicar fortunas y acrecentar el poder, en distintas épocas también el sexo sirvió como herramienta de apropiación y dominación. Desde la política de mestizaje que impuso el poder español para extender la sangre europea en territorio americano a expensas de privar a los hijos mestizos del derecho a la herencia y la propiedad, hasta las prácticas sexuales endogámicas, cuando no incestuosas, de la aristocracia interesada en que la mayor cantidad de extensiones quedara en manos de pocas familias, el sexo ha sido protagonista de la historia argentina.

La segunda hipótesis que fija el rumbo de este trabajo se desprende de la primera, es decir, si la historia de una nación se explica a la luz de la historia de la sexualidad, consecuentemente, no puede entenderse la vida sexual de un individuo si se ignora la Historia de su país. Así las cosas,

puede aseverarse que la política, la historia, la singularidad y el sexo se alimentan mutuamente de manera tal que una categoría no encontraría su razón sino en relación con las otras.

La sexualidad ha estado tan presente en la Historia, en la política y hasta en la guerra que, en no pocas ocasiones, ha sido utilizada como un arma. Resulta interesante examinar de qué manera los calificativos y «denuncias» sobre las conductas o tendencias sexuales de tales o cuales personajes, muchas veces han sido una herramienta para descalificar sus acciones o sus ideas. Por ejemplo, la insistente mención sobre la presunta homosexualidad de distintas personalidades de la historia argentina no hace más que poner en evidencia las tendencias políticas homofóbicas y retrógradas de los propios denunciantes.

Tal vez uno de los casos más emblemáticos, en este sentido, sea el de Manuel Belgrano. Importa mucho menos conocer las preferencias sexuales de Belgrano que el verdadero debate que se oculta detrás de esa polémica trivial. Muchos afirman que las habladurías sobre la presunta homosexualidad de Manuel Belgrano son más bien recientes. Sin embargo, existen varios testimonios que dan cuenta de que aquellos rumores se originaron durante la época en que el abogado tomó las armas para luchar por la independencia. Los humillantes apodosos que recibió Belgrano parecen tomados de una revista humorística de la época: «Bomberito de la Patria», «General Cotorrita», «Chupa verde» y «Rabo de Loro», eran, sin dudas, motejos que buscaban mellar su autoridad militar menoscabando su virilidad. Todos estos apelativos eran alusivos a su porte, bastante alejado del castrense, y a su agudo tono de voz. Lo de «Cotorrita» sintetizaba en un solo apodo las dos burlas más

frecuentes que recibía Belgrano: por una parte se referían a su voz chillona y, por otra, a su chaqueta verde, ajustada y rematada por una cola bifurcada que semejaba las plumas traseras de un loro. Muchas y muy insistentes fueron las menciones a su voz aflautada y su decir amanerado. Más allá de que no conste cómo hablaba Belgrano, ni que su tono e inflexiones pudiesen revelar algo de su sexualidad, resulta claro cuál era el propósito de estos rumores: poner en duda sus cualidades militares. Para dar órdenes y hacerlas cumplir entre una tropa compuesta por hombres sumamente rudos, había que ser enérgico y hacer valer la voz de mando. Al menos en términos prácticos, tan débil no debió ser la voz de Belgrano, habida cuenta de que supo imponer una disciplina férrea a sus subordinados. Aquel ejército estaba conformado por una soldadesca proclive a la indisciplina, la falta de preparación y la rebeldía. No era una tarea sencilla ponerse al frente de semejante tropa. Belgrano no sólo consiguió contenerlos bajo su mando, sino que logró mantenerlos a raya sometidos a un régimen espartano: prohibió los juegos por dinero, la baraja, los bailes, la música a menos que fuera marcial, las trifulcas, las salidas con mujeres y, como si fuese poco, obligaba a sus hombres a rezar el rosario antes de irse a dormir a las diez de la noche. Aflautada o no, la voz de Belgrano era capaz de tronar tan fuerte como el escarmiento.

Esta capacidad de mando indiscutible contrasta con una anécdota según la cual San Martín, en Tucumán, debió reprender a Manuel Dorrego, paradigma de virilidad cuartelera, por burlarse de la forma en que el general Belgrano repetía con su voz afeminada las órdenes de marcha que impartía el Libertador. Lo cierto es que la rivalidad entre Dorrego y Belgrano tenía razones políticas mucho más poderosas que las frívolas y triviales que invocan ciertos historiadores. Es probable, y existen motivos para sospechar-

lo, que fuera el propio Dorrego quien, movido por veleidosas ansias de protagonismo, echara a rodar el rumor sobre la presunta homosexualidad de Manuel Belgrano. Acaso un pasaje de las *Memorias Póstumas* de José M. Paz permita fechar con exactitud el momento en que Dorrego, queriendo florear ante San Martín durante una fiesta dedicada a un grupo de damas, puso en duda la hombría de Belgrano:

El Coronel Dorrego, cuyo carácter es bien conocido, se chocó del aire de superioridad que tomaban los nuevos jefes y oficiales y empezó en sus conversaciones a atacarlos con el ridículo; quizás esta fue la verdadera causa de su destierro, pero la inmediata que dio motivo a él fue la siguiente. El general Belgrano había mandado invitar a una actriz viuda, del Perú, que nombraban Chilma, para que fuese a ejercer su habilidad a una casa respetable, a cuyas señoras había ofrecido hacer este obsequio. La cantatriz se había indispuerto y mandó hacer sus excusas cuando estaban ya reunidos los jefes para la academia de la casa del General. Dorrego oyó el recado que dio el criado mensajero al general Belgrano, y lo echó a mala parte. Empezó a mofarse y a pifiar a aquél en términos que el general San Martín lo advirtió; quiso contenerlo con sus mudas indicaciones y no bastó. La misma noche tuvo orden de dejar Tucumán.

Las burlas que Dorrego dedicó a Belgrano venían a cuento de que, según su ya mencionado criterio cuartelero, no era digno de un hombre y, mucho menos de un militar, ocuparse de los preparativos, disposiciones e indisposiciones de una cantante. Era aquélla una tarea para mujeres y, de hecho, era un número dedicado a las damas. Pero como Belgrano, además, era soltero, no tenía una esposa que se hiciera cargo de esos menesteres. Es de imaginarse la reacción que debió despertar en el espíritu de Dorrego no sólo que San Martín hubiese tomado partido por Belgrano, sino que, además, a causa de este episodio, lo condenara al destierro.

Belgrano era un hombre de rasgos finos y delicados; sus ojos azules enmarcados por unas cejas delgadas y el pelo enortijado sobre la frente, le conferían un aspecto de distinción. Ciertamente, su estampa contrastaba con la criolla rusticidad de su tropa. No es novedad que, en determinados ámbitos masculinos como el castrense, la belleza, el refinamiento, la distinción y la destreza oratoria fuesen tenidos como adornos poco viriles o, lisa y llanamente, afeminados. El hecho de que Manuel Belgrano fuese un lúcido intelectual, en lugar de sumarle méritos a su condición de militar; para muchos constituía un demérito, como si al «hombre de acción» le estuviese vedado el don del pensamiento. Pero el problema no radicaba en que fuera un brillante pensador; sino, justamente, en que sus ideas iban más lejos de lo tolerable para ciertos sectores. No es en absoluto casual que la mayor parte de aquellos que pretendían extender la Revolución más allá de los límites de la independencia, con miras al territorio social, recibieran la misma «acusación». Así, hombres de inspiración jacobina como Mariano Moreno o Juan José Castelli fueron igualmente calificados o, mejor dicho, descalificados con el mote de homosexuales. Digamos, de paso, que el uso de las comillas aplicadas al término «acusación» en relación con la homosexualidad sólo tiene sentido en nuestros días, ya que, por entonces, la homosexualidad era un delito. No había comillas que mitigaran la rigidez de la ley. De manera que afrontar en aquella época una denuncia semejante significaba exponerse a procesos legales, persecuciones, destierro y juicios sumarios que podían terminar en la muerte.

No existe evidencia alguna que indique que Belgrano hubiese sido homosexual; el hecho de que fuera soltero no prueba, como muchos han sugerido, que no se sintiera atraído por las mujeres: al contrario, a falta de una esposa, se sabe que tuvo varias mujeres y que, aunque no los recono-

ció, tuvo dos hijos. Este punto también resulta revelador, por cuanto pone de manifiesto la dudosa vara moral que utilizan determinados apologistas de Belgrano. Estos defensores de la «honra», el «buen nombre», el «honor» y la «moral» del general Belgrano presentan como prueba irrefutable de su «hombría» el hecho de que dejara descendencia. Así, Pedro Rozas, hijo de Manuel Belgrano y María Josefa Ezcurra, hermana de Encarnación Ezcurra, la esposa de Juan Manuel de Rosas, sería la primera prueba material de la virilidad de Belgrano. Menos conocido que la paternidad de Belgrano es el hecho de que María Josefa, cuando quedó embarazada del general, estaba casada con Juan Esteban de Ezcurra, un primo de ella llegado de España. La segunda prueba que invocan los panegiristas de la heterosexualidad de Belgrano, es que hubo aún otra descendiente: Manuela Mónica del Corazón de Jesús, hija que tuvo con María de los Dolores Helguera. Pese a que no existe duda alguna de la paternidad de Belgrano sobre Pedro y Manuela, el general expresó en su testamento:

Declaro: Que soy de estado soltero, y que no tengo ascendiente ni descendiente.

Resulta al menos llamativo que los defensores de la «decencia» de Belgrano consideren un gran mérito moral la heterosexualidad y, en cambio, no les merezca comentario alguno que el general hubiese decidido renunciar a las obligaciones que le significaba el ejercicio de su «hombría». Pero, claro, para muchos defensores de la moral y las buenas costumbres el abandono de los hijos es menos condenable que la homosexualidad.

La Historia, sin embargo, sirve también para buscar los motivos, sin que éstos sean un atenuante, que expliquen las decisiones que debió tomar un hombre en un momento

determinado. Resulta muy fácil condenar, pluma en mano y siglos más tarde, la conducta de aquellos que, en circunstancias extremas, no gozaban de la tranquilidad de los historiadores postreros; al contrario, debieron afrontar los rigores del campo de batalla y tomar decisiones que implicaban la vida o la muerte. Bajo aquellas condiciones, ¿qué llevó a Belgrano a mentir en su testamento y renegar de la paternidad?

Belgrano tenía más de cuarenta años cuando conoció a María Dolores Helguera, una hermosa adolescente cuya aññada belleza deslumbró al general. Hacia fines de 1817 mantuvieron un romance tan breve como apasionado. Belgrano estaba verdaderamente enamorado de la muchacha, pero antes de que pudiese proponerle matrimonio, en enero de 1818 recibió una orden impostergable: debía partir rumbo a Santa Fe. Al momento de la partida, ambos ignoraban que Dolores estaba embarazada. Sola y sin esperanzas de que sus destinos pudiesen volver a unirse a causa de la itinerante vida militar de Belgrano, María Dolores se sometió a la decisión de sus padres, quienes la obligaron a casarse con otro hombre para evitar el oprobio que significaba ser una madre soltera. La pequeña Manuela Mónica nació el 4 de mayo de 1819. Manuel Belgrano conoció a su hija algunos años después y, pese a que todavía estaba profundamente enamorado de Dolores, tuvo que resignarse al hecho de que su amada se había convertido en una mujer casada. De manera que, para aliviar la tragedia sentimental y ahorrar sufrimiento a la joven María Dolores, Manuel Belgrano decidió desaparecer de la escena. Sin embargo, no era un secreto para nadie que la niña era hija de Belgrano, a punto tal que fueron los hermanos del general quienes la criaron. El hijo mayor de Belgrano, Pedro, no fue adoptado por su familia paterna como Manuela Mónica, sino por el mismísimo Juan Manuel de Rosas quien, como ya hemos

dicho, era su tío político. Resulta notable el hecho de que los vínculos que unían o, eventualmente, separaban a los padres de la patria no sólo eran de orden político, sino que, también, estaban signados por avenencias y desavenencias sexuales. No deja de constituir un acontecimiento realmente asombroso que Juan Manuel de Rosas, impiadoso hasta la crueldad con sus adversarios, se hiciera cargo del hijo abandonado por Manuel Belgrano, hombre ubicado en las antípodas ideológicas del Restaurador de las Leyes.

Más allá de cualquier juicio sobre la decisión de negarse a reconocer a sus hijos, hay que destacar la disyuntiva existencial que afrontó Belgrano en su momento, ya que, si los hubiese reconocido, hubiera comprometido el nombre y el honor de dos mujeres con las que el general compartió parte de su vida.

Argentina: monarquía o menarquía

Hubo otra mujer en la vida de Belgrano además de aquellas con las que dejó descendencia. Tal vez este romance fue mucho más importante para la vida de la nación que para la del propio Manuel Belgrano. Este capítulo poco conocido de la biografía del general demuestra de qué manera a veces el sexo influye de tal forma en la historia de un país, que puede modificar radicalmente su destino. Durante los días posteriores a la Revolución de Mayo, cuando todavía no estaba decidido cuál habría de ser la forma de gobierno de la flamante nación, tuvo lugar un hecho sorprendente: antes de que la Argentina se constituyera como una República, estuvo a punto de ser una monarquía independiente. Esta página de la historia, también protagonizada por Belgrano, está mucho más cercana a la comedia que al drama que protagonizara el general con María Dolores.

En el año 1814 Belgrano y Rivadavia partieron a Inglaterra con una misión quijotesca, no por lo idealista del término, sino, más bien, por lo absurdo: buscar un monarca que gobernara nuestra nación. Guiados por los avatares políticos europeos, nuestros pro hombres, testigos lejanos de la caída estrepitosa de Napoleón y seducidos por la declaración del Congreso de Viena, que propiciaba la instaura-

ción de las «monarquías legítimas», salieron en busca de un rey que se dignara a darnos gobierno. Este breve proyecto monárquico estaba abonado, además, por el hecho de que muchos criollos no podían imaginar otra forma de gobierno diferente de la que conocían hasta entonces, aunque, en lugar de un régimen absolutista, propendían a un reino limitado por una Carta Magna, es decir, una monarquía constitucional. Basta imaginarse a nuestros héroes deambulando por las calles, los palacios y los selectos ámbitos cercanos a la corte real de Londres a la pesca de un emperador. Entre reunión y reunión, entre negociaciones, audiencias y entrevistas, durante una de las recepciones que los anfitriones brindarían a nuestros representantes, se acercó a Manuel Belgrano una francesa tan bella como desquiciada, que se hacía llamar *mademoiselle* Pichegru y aseguraba ser hija de un ilustre cortesano. Lo más probable era que fuese una cortesana en el sentido en que Cervantes le hacía decir al licenciado Vidriera que «las cortesanas tenían más de cortes que de sanas». Como fuera, Belgrano quedó encandilado por la sensual y alocada Elisa Pichegru, quien, haciendo alarde de sus contactos, prometió al general colaborar con su gestión en busca de un rey. La misteriosa dama era dueña de una figura imponente; su cintura estrecha contrastaba con su escote prominente y generoso, los labios encarnados y la tez pálida como la porcelana le otorgaban un aire de *femme fatale*. Belgrano y *mademoiselle* Pichegru mantuvieron varios encuentros «oficiales», destinados, supuestamente, a facilitar la misión que se había impuesto el creador de la bandera. Pero tan supuesto era el carácter de estas reuniones, que Belgrano se olvidó por completo de su anhelada monarquía, mostrándose más proclive a indagar en el lugar del origen de la menarquía de su nueva amiga. La historia no ha dejado registro de las actividades de Rivadavia, aunque es de suponer que se habrá aburrido

bastante. En cuanto a Belgrano, se sabe que la mayor parte de su estancia en Londres la pasó encerrado en una alcoba con su «gestora» francesa. Pasaban los días y las noches y el general, sin ver la luz del sol, seguía procurando que los oficios terminaran de forma exitosa. De hecho, podría afirmarse que las relaciones bilaterales de Belgrano acabaron con éxito, aunque rey no consiguió. Este episodio, en apariencia trivial, demuestra de qué manera el sexo, en ocasiones, puede determinar algún capítulo de la Historia de una nación. Si en lugar de toparse con una alegre damisela, Belgrano hubiera encontrado a su rey, acaso, en lugar de una República, Argentina habría sido una monarquía. Proyecto que, afortunadamente, murió antes de nacer gracias a las artes amatorias de la amiga francesa de Manuel Belgrano.

Soldado que huye...

Los lazos que unían a los fundadores de la Argentina eran muchos, tenían diversos orígenes, ramificaciones y, desde muy jóvenes y por distintas circunstancias, compartían múltiples espacios. Podría afirmarse, casi sin apelar a metáforas, que eran una suerte de gran familia, en muchos casos cimentada en auténticos vínculos de sangre. En este contexto, nuestros próceres no sólo intercambiaban ideas, proclamas, agravios y elogios, sino, también, mujeres. Como ya hemos visto, la relación de Belgrano con Rosas ejemplifica esta afirmación. Más allá de cualquier legado político, el general Belgrano legó, por no decir despachó, a Rosas un hijo ilegítimo nacido de la relación furtiva que mantuvo con la hermana de su mujer.

Para entender mejor este entramado y examinar de qué manera los destinos de nuestros hombres más ilustres estuvieron tempranamente enlazados, resulta categórico el retrato colectivo que describe Ricardo Rojas en su *Historia de la Literatura Argentina* al referirse a la educación que recibieron en el colegio de San Carlos:

Allí están confundidos en víspera de la gloria, los que han permanecido en la sombra del anonimato y los que han alcanzado la luz del sacrificio heroico. Impresiona ver a los próceres futuros, entonces adolescentes, vestidos con la ropilla

clerical de los claustros carolinos, resignados a la dura disciplina del bedel en los patios y del dómine en las aulas, curvados en las salas de estudio sobre el árido Nerbija o el pesado cuaderno de «lecciones», que se aprendía de memoria. Desconcierta, en verdad, como un acertijo del destino, ver en las matrículas de teología o filosofía los nombres, después ilustres en otro campo, de Manuel Dorrego, Cornelio Saavedra, Feliciano Chiclana, Pedro Agrelo, Mariano Moreno, Juan Ramón Rojas, Bernardino Rivadavia, Juan José Castelli, Manuel Belgrano, Esteban de Luca, Vicente López, Hipólito Vieytes, Manuel Moreno; insignes patricios que realizaron la emancipación argentina.

Casi todos los estudiantes del carolino llegaron a la notoriedad o sirvieron a su patria, ya en las aulas y el foro, o ya en la gesta de la Revolución. Tantos obreros demandó esta empresa, y eran tan raros los hombres doctos en el país, que muy pocos ciudadanos capaces quedaron sin salir a la luz de la historia, en esos días del fuego del hierro.

Basta imaginar el retrato de todas aquellas figuras, en cuyo homenaje se han nombrado calles, avenidas, plazas, pueblos y ciudades, enmarcados en un pequeño cuadro colegial. Más acá del mito y la leyenda que construyó la historia, podemos imaginar que todos estos adolescentes, luego ilustres eminencias, eran, por entonces, semejantes a cualquier otro grupo de chicos de la época; compartían las lecturas sacras, pero, bajo el pupitre, intercambiaban libros profanos, novelas de aventuras, relatos de caballería y, seguramente, ilustraciones más o menos eróticas, más o menos pornográficas; conversaban sobre las vicisitudes sociales y políticas y, seguramente, también murmuraban sobre las experiencias íntimas que dictaban sus cuerpos plenos de ímpetus ardientes, a merced de los humores novedosos que invadían la sangre joven; mostraban sus progresos en la esgrima y medían sus fuerzas en las peleas a golpes de puño, pero también comparaban sus atributos masculinos y se

jactaban de las conquistas femeninas, verdaderas o imaginarias.

Algunas de estas conjeturas se sustentan en el hallazgo de ciertos comentarios que reflejan las rivalidades originadas en la juventud. A propósito, resulta un descubrimiento fascinante la opinión desdeñosa sobre la bella amante de Belgrano, Elisa Pichegru, que apuntara Mariano Moreno, sobrino homónimo del célebre integrante de la Primera Junta, reproduciendo las opiniones de su tío. Impulsada por el grato recuerdo de aquellos apasionados días londinenses, la excéntrica *mademoiselle* llegó a Buenos Aires para reencontrarse con el fogoso Manuel Belgrano. Como un adolescente celoso de las conquistas de su compañero, Moreno dejó para la posteridad su opinión sobre la Pichegru en boca de su sobrino: «No era bonita ni hermosa», dice terminante y agrega con un tono más despectivo que amable que era «airosa y provocativa al caminar, lo que se agrava con la moda de llevar muy corto el vestido y muy ceñido al cuerpo». Pero si la descripción física la pinta poco menos que como una ramera, la semblanza espiritual es, lisa y llanamente, lapidaria; de acuerdo con el relato de Moreno, la amante de Belgrano, alojada en un hospedaje aledaño a la Plaza Mayor, aparece así:

Escopeta en mano, se entretenía en bajar a tiros a las palomas de los canónigos, pacíficas inquilinas de la cúpula y cornisas de la Catedral.

Más allá de la veracidad de estos relatos, lo cierto es que Belgrano, enterado de la inesperada visita de su amiga francesa, «casualmente» debió partir de urgencia al Congreso de Tucumán sin hacer tiempo a concederle un encuentro. Elisa Pichegru mandó a decirle que el motivo de su visita era reanudar la misión que iniciara tiempo atrás en Londres

para conseguir un rey. Resultaba evidente que Belgrano ya no estaba interesado en ninguna de ambas cuestiones: ni en la monarquía europeizante ni en la oficiosa cortesana. Claro que para los códigos de galantería de la época era mucho más caballeroso renunciar a un monarca que a los servicios de una dama. De modo que Belgrano se pronunció sobre el primero de los asuntos para responder, elípticamente, al segundo. En efecto, en el acta de la sesión del Congreso de Tucumán del mes de julio de 1816, se lee:

El citado general Belgrano expuso todo lo que sigue: que había acaecido una mutación completa de las ideas en Europa en lo respectivo a forma de gobierno: que como el espíritu general de las naciones en años anteriores era republicano todo, en el día se trataba de monarquizar todo, que conforme a estos principios en su concepto la forma de gobierno más conveniente sería la de una monarquía atemperada, llamando a la dinastía de los Incas, por la justicia que en sí devuelve la restitución de esta casa inicuaamente despojada del trono.

Tan frágiles y cambiantes eran las convicciones de nuestros héroes sobre la forma de gobierno que, aunque pareciera absurdo, después de buscar un rey en Europa, llegaron a barajar la posibilidad de restituir el Imperio Inca y someterse a sus dictados. Podría pensarse que, como excusa para eludir el encuentro con una loca que venía, escopeta en mano, persiguiendo a Belgrano desde Francia, era un tanto excesiva. Sin embargo, llegó a ser un verdadero proyecto político avalado por San Martín y Güemes, quienes se mostraron partidarios de conformar la unión de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Chile y Perú, bajo la autoridad del repuesto Reino Incaico. En el extremo opuesto, Tomás de Anchorena, espantado ante semejante alternativa, proclamaba con sarcástica xenofobia que los porteños no esta-

ban dispuestos a dejarse gobernar «*por uno de la casta chocolate*». A instancias de fray Justo Santa María de Oro, los delegados decidieron postergar la definición sobre la forma de gobierno y avanzar hacia la declaración de la Independencia. Así las cosas, mientras *mademoiselle* Pichegru iba tras los pasos de Belgrano, el general, en su huida, el 9 de julio de 1816 declaraba la Independencia en Tucumán. Evidentemente, Manuel Belgrano temía menos a la amenaza de los ejércitos realistas que a la certera puntería de su amante francesa, quien, bajando a escopetazos a las palomas de la Catedral, demostraba el poderío bélico del que era capaz.

La mujer del prójimo

En Tucumán, a salvo de las balas de la francesa, Belgrano ya había puesto la mira en otra mujer. La algarabía popular que generó la declaración de la Independencia fue una verdadera fiesta que empezó con reuniones espontáneas, música, baile, vino y, según puede inferirse, mucho sexo. Veamos, si no, el testimonio del escritor franco-argentino Paul Groussac:

Sólo conservo en la imaginación un tumulto y revoltijo de luces y armonías, guirnaldas de flores y emblemas patrióticos, manchas brillantes u oscuras de uniformes y casacas, faldas y faldones en pleno vuelo, vagas visiones de parejas enlazadas, en un alegre bullicio de voces, risas, jirones de frases perdidas que cubrían la delgada orquesta de fortepiano y violín. Desfilaban ante mi vista todas las beldades de sesenta años atrás: Cornelia Muñecas, Teresa Gramajo y su prima Juana Rosa, que fue «decidida» de San Martín; la seductora y seducida Dolores Helguera, a cuyos pies rejuveneció el vencedor de Tucumán, hallando a su lado tanto sosiego y consuelo, como tormento con madame Pichegru.

Según las citadas crónicas, es muy probable que durante estos festejos se hubiera gestado el romance entre Belgrano y María Dolores Helguera. Pero este relato es sólo la versión suavizada de la historia. Es decir, si algún lector se

sorprendió con el hecho de que Belgrano tuviera una hija no reconocida, se asombrará aún más con la otra versión, mucho más plausible aunque menos conocida, de los acontecimientos. El general ya había conocido a Dolores en 1812, cuando la muchacha tenía quince años y, ya por entonces, le había propuesto matrimonio. Sin embargo, las alternativas de la lucha contra las huestes realistas, los desplazamientos permanentes con el ejército, obligaron a Belgrano a postergar sus promesas y, cuando volvió a Tucumán, se encontró con un panorama desolador: su novia, a instancias de sus padres, se había casado con un hombre de apellido Rivas que, al poco tiempo, la abandonó. Hasta aquí, detalle más o menos, la versión que ya conocíamos. Sin embargo, nos encontramos con un documento revelador que cambiaría diametralmente este relato. En un interesante artículo, Ventura Murga, Presidente del Centro de Estudios Genealógicos de Tucumán, recuerda «El largo pleito que sobrevino entre Manuelita y sus medio hermanos de apellido Rivas Helguera, por la cuadra de terreno que el general Belgrano había dejado a su hija, conforme la nota que envió al Cabildo el 22/1/1820». Nos encontramos aquí con un dato ocultado con escrúpulo: que Dolores Helguera había tenido dos hijos con el tal Rivas. Más adelante, Ventura Murga señala: «María de los Dolores Helguera de Rivas, fue fiel a la voluntad de Belgrano: declaró que los terrenos pertenecían exclusivamente a Manuela Mónica y no a sus hijos». Se infiere, entonces, que si Dolores ya no estaba junto al susodicho Rivas al momento del nacimiento de Manuelita, ambos hijos varones tuvieron que haber nacido antes. Era muy habitual por entonces que las mujeres se casaran y tuvieran hijos a los quince años. Puede conjeturarse, así, que Dolores ya estaba casada y tenía a sus dos hijos cuando, en los festejos del 9 de julio de 1816, se reencontró con Belgrano teniendo ya dieciocho años. De modo

que, lo más probable, era que para entonces Dolores no estuviera separada, sino que, acaso, la causa de su separación hubiese sido, justamente, el encuentro con el general. Podemos concluir, de acuerdo con esta reconstrucción, que Manuel Belgrano se negó a reconocer a su hija para salvaguardar el honor de Dolores, quien había engañado al tal Rivas, su marido legítimo, con el creador de la bandera.

Por si quedara alguna duda sobre la paternidad de Belgrano, encontramos un documento contundente. Se trata de un escrito de puño y letra enviado al Ayuntamiento de Tucumán en el que, desmintiendo su propio testamento, confesó:

La cuadra de terreno contenida en la donación con todo lo en ella edificado por mí, pertenece por derecho de heredad a mi hija Da. Mónica Manuela del Corazón de Jesús, nacida el cuatro de mayo de 1818, en esta Capital, y bautizada el siete, siendo padrinos Dña. Manuela Liendo y Dn. Celestino Liendo, hermanos y vecinos de la misma para que conste lo firmo hoy, veintidós de enero de 1820 en la Valerosa Tucumán, rogando a las Juntas Militares como a las Civiles, le dispensen toda justa protección.

M. Belgrano

Pero existen aún otros documentos que confirman esta noticia. En una carta dirigida a su hermano, el cura Domingo Estanislao Belgrano, le ruega que «secretamente, pagadas todas sus deudas, aplicase todo el remanente de sus bienes a favor de una hija natural llamada Manuela Mónica, de edad de poco más de un año, que había dejado en Tucumán». Con el propósito de asegurarse la voluntad de Manuel, Domingo remite la inquietud a otro de los hermanos, Miguel Belgrano, pidiéndole que utilice ese remanente, que ascendía a 40.000 pesos, «en la educación física y

moral y en el mantenimiento y vestuario de la niña doña Manuela Mónica que se halla en la edad de cinco años y que debe residir en Tucumán en poder de Dolores Helguera y Liendo, haciendo con dicha niña las veces de Padre hasta que llegue a tomar estado, a cuyo efecto adoptarás todas las medidas que juzgues oportunas nada omitirás para que la dicha niña reciba la más distinguida educación en todo respecto».

Estas cartas ponen de manifiesto que aunque Belgrano renunciara a reconocer públicamente a su hija, esto no significaba, sin embargo, que el general se desentendiera de ella; al contrario, se puede apreciar la preocupación por la crianza, el bienestar y el cuidado de la niña. De hecho, fue la propia familia de Manuel Belgrano quien se ocupó de Manuela Mónica. La niña permaneció junto a su madre Dolores, hasta que en 1825 viajó a Buenos Aires, donde quedó al cuidado de su tía Juana Belgrano de Chas. Es necesario, en este punto, hacer notar que Manuel no era una excepción en la familia, ya que se sabe que la misma hermana de Belgrano, Juana, era madre, también, de dos hijos naturales. Por su parte, el hecho de que su hermano Domingo fuese clérigo, tampoco constituyó un obstáculo para que fuese padre: consta que tuvo al menos un hijo con Mauricia Cárdenas. De modo que los hermanos de Belgrano, al hacerse cargo de Manuela Mónica, no sólo eran obedientes al pedido de Manuel, sino, ante todo, a su propio deber moral.

Manuela, hija de Manuel, esposa de Manuel

Pero los Belgrano no dejan de depararnos sorpresas. La hija de Manuel, Manuela Mónica Belgrano, se casó en 1853 con un hombre insigne de Azul llamado... ¡Manuel Belgrano! Para confirmar la hipótesis acerca de la condición endogámica de las familias patricias, he aquí otra muestra contundente. Resulta poco menos que increíble que la hija de Belgrano tuviese por marido a otro Manuel Belgrano. O tal vez, en lugar de sorprendernos, deberíamos celebrar el hecho de que fuese otro. Lo cierto es que Manuel Vega Belgrano, marido de Manuela, hija de Manuel, era, a su vez, pariente político de su célebre homónimo, Manuel Belgrano. Pero aquí no terminan las sorpresas. Volvamos unas páginas atrás y recordemos que el general Belgrano, además de Manuela, tenía otro hijo, Pedro Rosas y Belgrano. Hemos dicho ya que Pedro, nacido de la relación furtiva del general con María Josefa Ezcurra, fue adoptado y criado por Rosas en la estancia de Azul. No existía posibilidad de que en un pueblo por entonces tan pequeño viviesen dos Belgrano y no fuesen parientes entre sí.

La historia, en apariencia tan enmarañada, puede desenredarse fácilmente: el general Manuel Belgrano, al dejar a su hijo Pedro al cuidado de Juan Manuel de Rosas, encargó que cuando el niño fuese mayor le revelaran su

verdadera identidad y le dijeran quién era su padre de sangre. De acuerdo con la voluntad de Belgrano, al cumplir los veinticinco años, Pedro recibió la noticia de labios del propio Rosas. Lejos de guardar rencor hacia su verdadero padre por haberlo abandonado, el muchacho se sintió profundamente honrado de llevar la sangre del héroe y a partir de ese mismo momento adoptó el apellido Belgrano. Exultante por haber descubierto su identidad, buscó a sus parientes y así dio con su medio hermana, Manuela Mónica. A partir de entonces trabaron una relación de cariño fraterno y se hicieron inseparables. Al unirse ambos círculos familiares, Manuela y Manuel Vega Belgrano fueron presentados por Pedro. Tiempo después, Manuela y Manuel se casaron sin que el parentesco ni la homonimia resultaran un obstáculo.

Para comprobar la relación de afecto que llegaron a construir Manuela Mónica y Pedro, cabe transcribir el siguiente fragmento de su nutrida correspondencia:

Mi querido hermano:

Siendo imposible a Manuel y a mí asistir a que le pongan el óleo a nuestro ahijado Manuel Casimiro del Corazón de Jesús, te pido admitas a Pedrito en nombre del padrino que haga llegar sus veces, así como que Dolorcitos me represente, para lo cual, creo, no haya dificultades [...] Mi tía Juana y demás familia envían sus afectos y yo la bendición para mi ahijado y para ti, el afecto de tu hermana.

Sabido es que Belgrano murió pobre, alejado de Dolores, la mujer que amaba y sin poder ver a sus hijos como lo hubiese deseado, a quienes, contra su voluntad, nunca reconoció. Enfermo, traicionado y abatido por las circunstancias políticas, cuando Manuel Belgrano ya nada tenía que hacer en Tucumán, sólo pidió una voluntad antes de partir: ver a Manuela, quien por entonces todavía no

había cumplido los dos años. Resulta conmovedor el relato de esta escena, que fuera rescatado por fray Jacinto Carrasco:

La víspera de la partida, postrado en una cama como estaba, hizo que le llevaran a su pequeña hija por la noche para acariciarla por última vez. Fue una escena que poquísimos amigos presenciaran, con lágrimas en los ojos.